

ZAMBRANO Y UNAMUNO: UN MODO DE SER FILÓSOFO E INTELLECTUAL ESPAÑOL

CLARA FERNÁNDEZ DÍAZ-RINCÓN
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

1. Introducción. El arte de hablar mal de España

En España no reina filosofía alguna, por difusa o vaga que sea. El pueblo español que se educa intelectualmente es, o por efecto de congénita estructura mental o por consecuencia de larga educación colectiva, uno de los más infilosóficos que se conoce. Apenas hay quien se ocupe en crearse una concepción del universo; toma la que le dan: la fórmula muerta, la mitología petrificada, y se queda tan satisfecho. Y de aquí viene nuestra esterilidad mental¹.

Esta implacable tesis de Don Miguel de Unamuno², presente en el escrito *De la enseñanza superior en España*, muestra las preguntas que toda reunión de hispanistas, como la celebrada en la bella ciudad de Granada en marzo de 2013, debe tener siempre presente. Sin agotarlas todas, algunas cuestiones que podemos extraer de esta reflexión son: ¿Hay filosofía en España? ¿Hay filosofía española? ¿Hay filósofos españoles? ¿Hay filósofos en España? ¿Es el pueblo español un pueblo infilosófico? ¿Cuáles son las razones de esto? ¿Quién o quiénes son responsables de esa educación a-filosófica? ¿A qué se debe esa estructura mental? ¿Somos, efectivamente, unos estériles mentales?

Es evidente lo sugerente de estas cuestiones, pero también la imposibilidad de abarcarlas todas. Por ello, mi reflexión en esta ocasión surge con la tercera

¹ UNAMUNO, M. DE, *De la enseñanza superior en España* en O.C., Madrid, Escelicer, 1966. Tomo I, pp. 731-772 (p. 757.) Primera edición de 1899.

² Tesis que niega la filosofía española, que luego defiende en otros momentos: ahora bien, no con la “fórmula muerta” que aquí denuncia sino una filosofía viva y apasionada, inserta en la manera de ser española, al estilo del Quijote. De todos modos, el carácter contradictorio y polémico de Unamuno no debería sorprendernos.

pregunta y a partir de la afirmación de María Zambrano en su obra *España, sueño y verdad*: “Que habiendo habido filósofos, no haya existido la filosofía en España”, con la que parece contestar en parte a nuestra cuestión. Dejaremos de nuevo de lado la discusión sobre si existe o no la filosofía en España y qué definición exacta debiera tener la filosofía para considerar tal juicio.

Yo apostaría, como Zambrano, en afirmar que en España ha habido y hay filósofos, con nombre y apellidos. Hombres y mujeres en el pasado y en el presente que han hecho propuestas novedosas y han abierto preguntas y proporcionado respuestas no sólo en filosofía, sino que han ampliado su campo de acción y pensamiento a la poesía, la literatura, la política, etc. Pensando sólo en el periodo de tiempo que va desde finales del siglo XIX y todo el siglo XX, surgen varios nombres propios: Ortega y Gasset, Zubiri, Zambrano, Unamuno, Marías... Todos ellos han pensado, escrito y publicado en español y configurado una, más o menos relevante, acción social y política. ¿Por qué entonces no están en la corriente central de la filosofía? ¿A qué se debe este olvido o esta omisión?

A mi juicio, sin descartar que sean una posible mala memoria o ignorancia consciente, se abre una posible interpretación: aventurar que los pensadores y escritores en español, herederos de ellos, simplemente no se lo creen. Es decir, no es que no sepamos de nuestro pasado ni que lo queramos ocultar con vergüenza, es que no nos creemos que los filósofos españoles merezcan la pena o estén a la altura de la corriente actual. A mi modo de ver, vivimos con cierto prejuicio general extendido según el cual los filósofos españoles no son suficientemente buenos e incluso ni merecen la calificación de “filósofos”, quedándonos con los asépticos términos de “pensadores” o “intelectuales” en su sentido más superficial. No es mi objetivo juzgar si esta cuestión es cierta o no, pero sí quisiera plantear la necesidad de un justo examen, examen en el que lo primero que nos llama la atención es que ese prejuicio surge de los españoles mismos. Somos los primeros que relegamos el pensamiento en nuestro idioma a un segundo o tercer lugar. Sin ir más lejos y con el ejemplo quizá más absurdo pero más doliente: si revisamos todos los planes de estudios de los Grados de Filosofía obtenemos datos que dan para la reflexión. El Grado en Filosofía se oferta en veinticinco facultades españolas y en un total de nueve no hay ninguna asignatura, ni de formación básica u obligatoria ni optativa, relacionada con pensamiento español. De las dieciséis restantes, en tres facultades son optativas, y en el resto son obligatorias, fluctuando su dedicación de 3 a 6 ECTS. Si presuponemos –como podemos ver en manuales

y programaciones— que no hay apenas referencias a autores españoles en las asignaturas de Historia de la Filosofía, comprobamos que la mitad de los graduados españoles en Filosofía acaban sus estudios en España sabiendo poco o nada de pensamiento español y sin haber trabajado adecuadamente a sus predecesores más directos.

De los varios problemas asociados que, a mi modo de ver, tiene este hecho, quisiera destacar que puede pasar aquello de lo que se quejaba Unamuno con José Gaos en 1933: “Porque todas esas cosas del existencialismo con que andan tan entusiasmados ustedes los jóvenes, ya las he dicho yo todas mucho antes y mucho mejor”. Pero el mismo Unamuno va mucho más lejos en el artículo *Los intelectuales*³, publicado en 1903, en el que dice que en España no sólo se ignora al intelectual español, sino que se le denigra conscientemente. Aquí, al hilo de la coplilla: “si habla mal de España, es español”, el autor vasco dice: “Me parece ver que la mayoría de los llamados intelectuales españoles siente una cierta irritación sorda en contra de España, o del pueblo español, y es claro que esto provendrá de cómo es este pueblo”⁴.

En otras palabras, rechazamos lo español casi por definición y, como dice Unamuno en el mismo texto, “tal arte nos vamos dando en hablar mal de España que hemos logrado que hallen favor y cundan por ahí fuera nuestras propias calumnias”⁵.

Esta falta de cuidado interno de lo nuestro conduce evidentemente a una falta de reconocimiento fuera de nuestras fronteras: la corriente central de la filosofía habla en alemán, francés e inglés, pero no en español. Con esto no quiero decir que no haya iniciativas que intenten encumbrar el pensamiento español, que las hay, sino que tenemos inserta la idea de que lo de fuera es lo mejor y no reconocemos lo que aquí está por ver.

Quizá podamos escudarnos en la ya manida excusa de la difícil situación política y social de España, con guerras y dictaduras que la acabaron atrasando definitivamente. Pero a mi juicio, y esta es mi propuesta, el mismo ser de España, las condiciones personales, sociales, políticas de su pueblo, lo que han hecho es generar un tipo de filósofo distinto que no se identifica con la

³ UNAMUNO, M. DE, *Los intelectuales*, en *O. C.*, Madrid, Escelicer, 1971, Tomo IX, pp. 838-840.

⁴ *Ibid.*, pp. 838.

⁵ *Ibid.* 838. Podemos achacarle a Don Miguel que él es fuente de algunas de esas calumnias, pero a mi juicio, son proferidas con ánimo de agitar, de rebelión, más que como crítica destructiva.

filosofía académica de la corriente central⁶. Es más un tipo de filósofo intelectual, que aúna varios frentes y del que serían buenos representantes María Zambrano y Miguel de Unamuno, que demuestran ser cercanos en los temas, maneras y modo de filosofar además de partir de un mismo territorio

Esta unión la reconoce la propia Zambrano, cuando, además de demostrar su profunda admiración por Unamuno, dice “participar” de su pensamiento. Mercedes Gómez Blesa editó en 2003 una serie de escritos y reflexiones inéditas que la malagueña le había dedicado a Unamuno⁷ y es, sobre todo desde esta lectura, donde vamos a ir dibujando el tipo de intelectual que ellos generaron. Creo que la clave que hace que las figuras de los dos –o mejor dicho, la figura que ambos comparten– sea profundamente significativa es su manera de hacer. Más que las ideas que ambos presentaron y que aquí dejaremos en segundo plano –como diría Unamuno, “no hay opiniones, sino opinantes”–, es su forma de actuar, su compromiso, su especial modo de ver su realidad que les hace enfrentarse a ella y sobre todo, hacer que los demás se enfrenten.

2. Sobre el intelectual y la intelectualidad

La palabra intelectual, como nos presenta Ana Bundgård en su interesante obra *Un compromiso apasionado. María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)* es derivada del latín “intelligere” –entender, comprender– y apareció como sustantivo en Francia en 1898 para designar, como es sabido, a los más de cien escritores franceses firmantes de un manifiesto dirigido al presidente de la III República publicado en el periódico parisino *L’Aurore*. Pretendían con él expresar su acusación y pedir que se reabriera el caso Dreyfus, un oficial de origen judío condenado a cadena perpetua debido a un supuesto delito de traición. Consideraban los autores que las pruebas no habían sido suficientes y que se estaba condenando a un inocente por razones antisemitas. Pero como bien aclara la autora:

Si bien el término intelectual como sustantivo apareció en Francia en 1898 para designar a un grupo de personas que hicieron suya la responsabilidad de vigilar que el sistema actuaba con justicia, ya desde la Grecia clásica hasta el siglo XVIII, aunque no hubiera designación para ellos, habían existido personas con orientación intelectual y con voluntad de verdad que estaban

⁶ Esto no significa que no haya habido filósofos de corte academicista en España, véase el caso de Francisco Suárez o Xavier Zubiri, entre otros.

⁷ ZAMBRANO, M., *Unamuno*, Barcelona, Debate, 1993.

convencidas de que los hombres de pensamiento debían gobernar porque actuaban con desinterés y sentido moral⁸.

Bundgård completa esta definición de los intelectuales europeos de fin de siglo remarcando su papel protagonista por su habitual presencia en los principales medios de prensa, en la literatura y en la docencia universitaria y su carácter constructivo, en el sentido en que, gracias a su capacidad de abstracción y trascendencia de la realidad, no sólo critican, sino visualizan posibles soluciones.

Stephen G.H. Roberts, autor de *Miguel de Unamuno o la creación del intelectual español moderno*⁹, nos recuerda que autores como Unamuno y Maeztu ya habían utilizado ese apelativo y eran conocedores del concepto antes del Caso Dreyfus, puesto que se dio un caso similar entre 1896 y 1898, el conocido como Caso Montjuich por el arresto y posterior enjuiciamiento de los anarquistas de Barcelona¹⁰. Don Miguel no sólo utiliza el apelativo, sino, como Roberts señala, es pionero en la creación de la figura del intelectual en España, término que, dicho sea de paso, no contaba con todo el beneplácito del autor vasco, que prefería apelativos como “espiritual”, “publicista” o “agitador de espíritus”.

En la sociedad civil que se va constituyendo poco a poco, sobre todo a partir de la segunda mitad del XIX, Don Miguel tiene una participación esencial y un marcado compromiso con su realidad –en mayor grado que cualquier otra figura de su época–. “Él iba abriendo horizonte, irrumpía en la vida española embistiendo contra sus muros”¹¹ dirá María Zambrano. Como ejemplo, con sus “sermones laicos”, conferencias con las que recorrió España entre 1903 y 1906 en apoyo a las nuevas leyes de Instrucción Pública. Unamuno justificaba estas acciones porque considera que “sus hermanos en lengua y patria” necesitan, más que sus paradojas literarias, lo que él llama “el pan de la cultura europea”. El filósofo intelectual español para este autor debe, como él mismo ejemplifica, dedicar gran parte de su tiempo y talento a su pueblo, en una labor de abnegación, humildad y sencillez. Aboga por rechazar la “avaricia espiritual” como dice en *Mi confesión*, que es la raíz de todo decaimiento. Unamuno afirma que:

Hay que ser pródigo y no sólo de lo que se tiene, sino antes y sobre todo de lo que se es, pues no basta dar, sino que hay que darse. Lo mismo cum-

⁸ BUNDGÅRD, A., *Un compromiso apasionado. María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*, Madrid, Editorial Trotta, p. 26.

⁹ ROBERTS, S. G. H., *Miguel de Unamuno o la creación del intelectual español moderno*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2007.

¹⁰ *Ib.*, p.15.

¹¹ ZAMBRANO, M., *Unamuno, o.c.*, p.39.

gamos con los prójimos recibiendo de lo suyo que dándoles de lo nuestro, ya que es todo de todos¹².

En una carta a Bernardo García de Candamo fechada en 1903 explicita aún más Unamuno esta idea:

A mi me dicen y repiten que concentre mis facultades y que eche el resto para parir una obra definitiva, sustentadora e mi nombre. Yo suelo pensar así a ratos pero enseguida me vence mi natural y me abandono, y siembro según marchó, dejando que sea mi público y no soy quien escoja (...) Hay que dar y dar sin descanso y dar en el momento, a quien nos pida, y no reservarnos nunca¹³.

Hay varias opiniones¹⁴ acerca del origen, desarrollo y significación del intelectual moderno en España, por ejemplo en los trabajos de Carlos Serrano o Santos Juliá. Conformémonos con la definición de Ana Bundgård, que señala que como intelectual se conocía a “todo escritor responsable e influyente a través de sus participaciones y debates políticos en los periódicos, revistas y tertulias”¹⁵ y a partir del nombramiento de Primo de Rivera, a los principales opositores al régimen. En lo que se ha conocido como la Edad de Plata de la intelectualidad española, se sucedieron tres generaciones: la del 98 con Unamuno como figura central, la del 14 con Azaña y Ortega y Gasset y la del 27, con escritores, artistas, científicos y filósofos socialmente comprometidos con la República. María Zambrano estuvo en relación directa con todos ellos y se entrega con fervor apasionado al proyecto republicano de reconstrucción nacional, por el que tuvo que salir hacia el exilio en el 39.

Ahora bien, participar en esta intelectualidad, el convertirse en un intelectual para filósofos como Unamuno y Zambrano no era algo perseguido *per se*. Esta intelectualidad –y aquí encontramos el primer punto de conexión entre ambos– se vive con radicalidad: es preocuparse por su comunidad y su nación e intentar llegar a todos por cualquier medio posible. No buscan simplemente aparecer en los periódicos o convertirse en figura pública, sino estar en primera línea del panorama social e intelectual en la medida en que esa posición sirve para inquietar al pueblo, sacudirle, encenderlo.

¹² Escrito inédito hasta el año 2011, se calcula anterior a 1904. UNAMUNO, M. DE, *Mi confesión*, edición de Alicia Villar, Salamanca, Sigueme/Universidad Pontificia Comillas, 2011, p.17.

¹³ UNAMUNO, M. DE, *Epistolario Inédito I (1894-1914)*, edición de Laureano Robles, Madrid, Espasa Calpe, 1991, p.126.

¹⁴ La introducción del libro de Roberts es un buen resumen de todas ellas.

¹⁵ *Un compromiso apasionado. María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*, p. 25.

Ninguno de los dos buscan la fama o la posición social, de hecho ambos la condenan ampliamente. Don Miguel en el escrito, antes citado, *Mi confesión* califica esta búsqueda de la fama a cualquier precio como el “mal de erostratismo”. Esta denominación la explica el autor:

Fue Eróstrato, bueno es recordarlo, uno que prendió fuego al templo de Éfeso para inmortalizar su nombre, ya que de otro modo no se le alcanzaba, y llamó, en consecuencia de esto, erostratismo a la dolencia que a todos los escritores y artistas y hombre públicos nos aqueja, de perpetuar nuestro nombre, y que dudemos de perpetuar nuestra alma¹⁶.

Unamuno renegará de este mal que, a su juicio, sufren los intelectuales llegando a una sordidez en la lucha por la firma que “les ha destroncado el alma”¹⁷. También en su novela *Amor y pedagogía* hace referencia a este tema.

María Zambrano, como nos indica Bundgård, también tiene como tema recurrente la crítica a la búsqueda de la personalidad individual y su reconocimiento, cuando, a su juicio, debía ir por delante el sentimiento de colectividad, un sentirse nosotros poniendo el objetivo por delante del individuo.

Ninguno apetecía, antes huían de ello, tener lo que se llama *personalidad*; a veces se burlaban de ella, de la posible personalidad, de su búsqueda, de los que habían consumido su vida en perseguirla. Era lo que más les apartaba de la *literatura* y lo que a ella misma le alegraba de su pretendida actividad filosófica; que en ella nunca tendría personalidad¹⁸.

Así hasta el punto de que, como nos dice Ana Bundgård:

Los criterios que siguió siempre en el momento de valorar una obra de arte, fuera literaria o pictórica, estarán en su caso supeditados a ese principio ético de ‘negación de la personalidad’ que a su juicio revelaba la ‘verdadera obra de arte’. Zambrano creía en el valor de la literatura transparente, en la que el autor, prescindiendo de su personalidad convierte la obra de creación en espacio de revelación de una verdad que le trasciende”¹⁹.

En definitiva, esta filósofa española no puramente académica, esta filósofa intelectual conduce su filosofía en esta línea: una filosofía compartida, por el pueblo y para el pueblo. Pero la mejor manera de seguir caracterizándolo es a través del ejemplo de los dos autores escogidos, como trataremos en el siguiente epígrafe.

¹⁶ *Mi confesión*, p. 18.

¹⁷ *Mi confesión*, p. 18.

¹⁸ ZAMBRANO, M. *Delirio y Destino*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1989, p. 57.

¹⁹ *Un compromiso apasionado. María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*, p. 111.

3. Miguel De Unamuno y María Zambrano, un tipo de filósofos intelectuales españoles

La siguiente característica reseñable de ambos pensadores es que no se reconocen *sólo* como filósofos en el sentido academicista. Consideran hiératico al concepto, por lo que optan por dejar en segundo plano la verdad lógica y el discurso racional, y se centran en la capacidad imaginativa, poética, en el “discurrir por metáforas” unamuniano como forma originaria del hombre. “La razón por sí sola mata, y la imaginación es la que da vida” dirá el pensador vasco. Es decir, no es su intención hacer la filosofía de la academia, sistemática, sino la filosofía de la vida, del mundo –“Mundana, sí, para el mundo y no para los filósofos, como no debe ser la química para los químicos solos”²⁰–. Esta cuestión queda bien recogida en la conclusión de *Del sentimiento trágico de la vida* cuando dice:

¡Y me acojo al *dilettantismo*, a lo que un pedante llamaría filosofía *demi-mondaine*, contra la pedantería especialista, contra la filosofía de los filósofos profesionales. Y quién sabe.... Los progresos suelen venir del bárbaro y nada más estancado que la filosofía de los filósofos y la teología de los teólogos²¹.

A partir de esta idea de filosofía de la vida, no academicista, Zambrano se definirá como “amante de la unidad, más que filósofa, poeta o mística” y Unamuno se reconocerá más que como filósofo, como poeta, pero sobre todo como hombre de carne y hueso, huyendo de etiquetas como la que denuncia en estos dos párrafos de la misma obra:

En las más de las historias de la filosofía que conozco se nos presenta a los sistemas como originándose los unos de los otros, y sus autores, los filósofos, apenas aparecen sino como meros pretextos. La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron, ocupa un lugar secundario. Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía, la que más cosas nos explica.

La filosofía es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él. Y haga lo que quiera, filosofa, no con la razón sólo, sino con la voluntad, con el sentimiento, con la carne y con los huesos, con el alma toda y con todo el cuerpo. Filosofa el hombre²².

²⁰ UNAMUNO, M. DE, *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid, Espasa Calpe, 1976, p. 328.

²¹ *Del sentimiento trágico de la vida, o. c.*, p. 308.

²² *Ib.*, p. 73.

Este no reconocerse sólo como filósofos viene porque, y esta podría ser la tercera característica, no se quedan en la filosofía porque, simplemente, no les basta. Hacen poesía, se implican en la política, se posicionan religiosamente, y todo ello vivido desde el desgarró, la tragedia, lo profundamente vital. Esta cuestión entronca con la percepción que de España estos autores tienen, una España que, con Don Quijote como principal expositor, tampoco ha tenido como base el conocimiento racional, sino, más bien, un alma poética, un sentir y un saber cuyas vivencias no se han reflejado en un sistema filosófico al uso, sino en la pintura, en la novela, en la poesía. María Zambrano nos dice: “Al no tener pensamiento filosófico sistemático, pensar se ha vertido dispersamente, ametódicamente, en la novela, en la literatura, en la poesía”²³ y en otro momento también dice refiriéndose a España: “La poesía –genéricamente– parece sea su más clara, alada revelación; y la pintura, su más luminoso y oscuro misterio”²⁴. También Unamuno comparte este punto de vista cuando dice: “Pues abrigo cada vez más la convicción de que nuestra filosofía, la filosofía española está líquida y difusa en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística y no en sistemas filosóficos”²⁵. Cuando Zambrano habla de las jóvenes generaciones, refiriéndose a la del 27 y la del 30 en *Los intelectuales en el drama de España* dice:

Había algo común en las jóvenes generaciones: un afán social que se traducía en lo intelectual en un deseo de servir, en usar la inteligencia de un modo diríamos limitado; la inteligencia se fijaba en sus límites y quería encajarse en una necesidad social²⁶.

Una tercera característica de ambos es que les duele España. Los dos tienen a su país bien presente en sus escritos, llegando a dedicarle muchas páginas y obras, los dos le critican, los dos le odian, los dos le quieren. Los dos tuvieron que vivir una España, como dice Zambrano, a dos ritmos: una España viva, la de las generaciones del 98 o el 27, la del movimiento obrero y el socialismo, la de la Institución Libre de Enseñanza, y una España oficial, una España que reacciona contra todo lo renovador y que hace generar el fascismo. Los dos tuvieron que vivir el exilio por circunstancias políticas –la dic-

²³ ZAMBRANO, M., *España, sueño y verdad*, Madrid, Siruela, 1994, p. 58.

²⁴ ZAMBRANO, M. *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 91.

²⁵ UNAMUNO, M. DE, *Del sentimiento trágico de la vida*, o.c. p. 313.

²⁶ ZAMBRANO, M., *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, edición de J. Moreno, Madrid, Trotta, 1998, p. 101.

tadura de Primo de Rivera, Unamuno, la guerra civil y la dictadura franquista, Zambrano— pero ninguno de los dos se fue nunca. Estas fueron de hecho, las primeras palabras de Zambrano cuando volvió, ya muy mayor, a pisar España: “Nunca me fui”. Los dos tuvieron un exilio activo, en comunicación con su país, como cuenta Zambrano sobre Unamuno:

“Nos llegaban sus libros, sus mensajes, ‘hojas libres’, en colaboración con su compañero de exilio, el político y escritor Eduardo Ortega y Gasset. Su ausencia era más activa de lo que hubiera sido su presencia. Y él debía de saberlo”²⁷.

De esta unión con su patria se extrae un fuerte compromiso por lo que consideran lo mejor para su pueblo. Esta sería su cuarta característica: el compromiso político y social. Se configuran los dos desde la retaguardia: Unamuno desde su pequeña Salamanca, Zambrano desde su caminar europeo y latinoamericano, pero sin desfallecer en su espíritu de lucha. Dirá Zambrano:

“Si otros ofrecen su vida sobre la tierra helada de las trincheras, no hará nada de más el intelectual arriesgando su existencia de intelectual, aventurando su razón en este alumbramiento del mundo, que se abre camino a través de la sangre”²⁸.

Pero no sólo piensan apasionadamente la política, sino que la viven y no dudan en comprometerse en acciones políticas, en poner su palabra escrita en ensayos y artículos, en dejar su palabra oral en la plaza pública, en acercarse a quien hiciera falta. Zambrano define así a Don Miguel:

“Ha sido siempre don Miguel un hombre de polis, un ciudadano. Jamás dejo de estar presente en la vida española, no sólo en la intelectual, sino en la cívica; cuando otros escritores y profesores vivían realmente retirados en su tarea, confinados en ella en medio de la vida de la corte, él, desde su monástica Salamanca, no dejaba de intervenir en alguna forma, no dejaba de ‘armar guerra’”²⁹.

Esto les lleva también a exigir este compromiso a los demás, como podemos ver por ejemplo en la carta que Zambrano le dirige a Ortega, como discípula suya, el 11 de febrero de 1930. Ana Bundgård la presenta como respuesta al encuentro de Ortega con Cambó, político catalanista que la mala-

²⁷ *Delirio y destino*, o.c., p. 99.

²⁸ ZAMBRANO, M., *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, o.c., p. 24.

²⁹ ZAMBRANO, M., *Unamuno*, o.c., p. 34.

gueña interpreta como indefinición política. María, con tono correctivo y dura censura, le exige a su maestro que esté “a la altura de las circunstancias” y que cumpla con un deber ineludible:

“Debe y puede usted hacer más, señor Ortega y Gasset; su misión con España está más alta; (...) si hay una conciencia histórica nacional, ésa sí puede exigirle mayores cosas, y no porque haya entregado pocas, sino porque puede entregar más y mientras se puede se debe”³⁰.

En definitiva, no son intelectuales inactivos, no son intelectuales elitistas: están comprometidos y sirven “mediante la palabra y el ejercicio de la razón vinculada a la vida” como dice Zambrano. En el filósofo intelectual que Zambrano y Unamuno se identifican, la realidad se vive sin escindir la razón y la vida, y desde ella se comunica con su pueblo. Aún sin apoyos, jamás se cierran en sus ideas o se quedan en silencio. Lo que buscan ambos es, como hemos dicho antes, lo que Don Miguel llega a calificar como obra de misericordia: inquietar al prójimo, despertar al dormido y sacudir al parado³¹.

Animan a una disidencia no sólo contra lo establecido concretamente —especialmente contra sus respectivos dictadores— sino contra todo establecimiento. Son contrarios ambos autores a la masa, al pueblo masificado y abúlico.

Son estas algunas de las características, no todas. Pero la cuestión definitiva es que tanto Zambrano como Unamuno fueron pensadores abiertos, que a todos leyeron, que de todos sabían, con todos contactaron y a todos discutieron, que conocían su país, pero no se quedaron sólo en él, pues también conocían Europa e Hispanoamérica.

Reflexión final

Hay que saber ponerse en ridículo, y no sólo ante los demás, sino ante nosotros mismos. Y más ahora, en que tanto se charla de la conciencia de nuestro atraso respecto a los demás pueblos cultos; ahora, en que unos cuantos atolondrados que no conocen nuestra propia historia —que está por hacer, deshaciendo antes lo que la calumnia protestante ha tejido en toro a ella— dicen que no hemos tenido ni ciencia ni arte, ni filosofía ni Renacimiento, ni nada³².

³⁰ *Un compromiso apasionado. María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*, p. 149.

³¹ UNAMUNO, M. DE, *Mi religión*, en *O.C.*, Madrid, Escelicer, 1966, Tomo III, p. 263.

³² *Ib.*, p. 310

Hablaba en la introducción del prejuicio, entre los que nos dedicamos a la filosofía en España, de que los filósofos españoles no son suficientemente buenos y por eso no han de situarse a la altura de otros filósofos extranjeros. Saber ponerse en ridículo, como dice Unamuno en la cita, tener capacidad de crítica, analizar, con argumentos y hechos, si lo son o no son efectivamente dignos incluso de referirse a ellos como filósofos no es algo negativo. Lo malo, la denuncia que he querido hacer desde este texto es que esta opinión es aceptada tal cual, hasta el punto de que ni los incluimos para su estudio en todas las universidades de nuestro país. Tenemos inserto el dogma de que la filosofía no puede pensarse, sentirse ni escribirse en español y por eso preferimos al más mediocre de los filósofos alemanes o ingleses o franceses antes que a un buen filósofo español exclusivamente porque el primero filosofará en otro idioma.

Y pasa que esos “atolondrados que no conocen nuestra propia historia” somos nosotros mismos: los herederos españoles que nos estamos saltando y, por tanto, despreciando el primer paso de conocer y reconocer lo nuestro. Y las consecuencias no sólo vienen en el olvido de quien estuvo antes de nosotros –lo cual, la falta de memoria histórica, ya es suficiente pecado–, sino en el reconocimiento de nuestra propia identidad. Como dice Unamuno:

Cada uno de nosotros parte para pensar, sabiéndolo o no, y quiéralo o no lo quiera, de lo que han pensado los demás que le precedieron y le rodean. El pensamiento es una herencia³³.

Y en otro momento, en *Del sentimiento trágico de la vida*, se pregunta:

¿Es que no soy yo un español –y un español que apenas si ha salido de España–, un producto, por lo tanto, de la tradición española, de la tradición viva, de la que se transmite en sentimientos e ideas que sueñan y no en textos que duermen?³⁴.

Mi propuesta entonces es que volvamos a nuestra patria, a nuestro acervo cultural y filosófico, lo revisemos, conozcamos, analicemos y desde ahí, impulsarnos y salir, abrir nuestro horizonte al mundo entero. Este texto es sólo un acercamiento a algo de lo que nos vamos a encontrar y creo que tiene bastante interés por sí mismo. Ojalá nunca sea tarde para reconocer la llamada al compromiso por conocernos y logremos poner nuestra filosofía en el lugar que se merezca.

³³ *Ib.*, p. 313

³⁴ *Ib.*, p. 322